



«Ello no debería impedir que nuestra economía mantuviese un pulso permanente para ganar competitividad»

Mar de fondo en aguas estancadas

La economía global no se para. Aunque la economía española se encuentre en estos momentos relanzando apenas su nivel de actividad y apuntalando el empleo gracias a la estacionalidad de los meses estivales, lo cierto es que sus perspectivas de crecimiento en el futuro inmediato son muy modestas y han de enmarcarse en el contexto de planes muy severos de consolidación fiscal. Ello no debería impedir que nuestra economía mantuviese un pulso permanente para ganar competitividad.

No deberíamos quedarnos tan parados como nos estarán revelando los principales indicadores macroeconómicos que iremos viendo en los próximos trimestres. Hay muchas formas de agitar las aguas profundas de un estanque cuya superficie se muestre aparentemente calma.

Tomemos uno de los indicadores más susceptibles de moverse muy poco en los próximos tiempos: la tasa de paro. Tendemos a pensar que el movimiento en el mercado de trabajo se reduce a las variaciones del empleo o a las del número de parados. Craso error. Por debajo de esta superficie, hay unos intensísimos movimientos de entradas y salidas en las diferentes situaciones cuyos saldos en un período de tiempo determinado son la foto fija que nos muestra la EPA cada trimestre, pero que pueden implicar a muchos cientos de miles de individuos en cada uno de esos períodos de tiempo.

No cabe duda de que es mucho mejor una tasa de paro dada con una gran fluidez de entradas y salidas que esa misma tasa de paro con una fluidez mucho menor, que se traduciría, entre otras cosas, en un aumento del desempleo de larga duración. Cuanta más fluidez, menor es la duración de los episodios de desempleo, aunque más personas transiten por dicha situación. Más pronto que tarde, la escasa fluidez de las transiciones funda-

mentales del mercado de trabajo acaba haciendo aumentar la tasa de paro.

Pues bien, lo mismo sucede con muchos otros indicadores de variables fondo a fecha fija, como el número de empresas, la riqueza acumulada por los agentes económicos, el *stock* de capital de las empresas, el número de hogares, etc. Sus niveles en un momento dado y su variación en un período de tiempo dado pueden estar ocultando intensísimos flujos que se cancelan entre sí o flujos más modestos con los mismos efectos netos.

Viene todo esto a cuento en relación con lo que decía antes de que conviene no perder el pulso de la competitividad estructural mientras se lleva a cabo la consolidación fiscal y transitamos por un período de bajo crecimiento, con reducción de salarios, precios, márgenes, etc. Para eso sirven, precisamente, las reformas estructurales. Estas reformas no van a hacer subir el nivel de empleo o de la actividad inmediatamente, pero van a provocar corrientes de fondo que, a la postre, produzcan ese resultado de manera duradera.

Esas corrientes de fondo consistirán en episodios más breves de desempleo y, por lo tanto, mayor fluidez en el ajuste de plantillas, tanto a la baja como al alza, o en destrucción de empresas inviables, que sea compensada por la creación de otras más innovadoras, mejor capitalizadas o gestionadas, o en el reequilibrio energético, de los transportes, las finanzas, las prestaciones sociales, etc. En suma, para que los niveles planos que presentará nuestra economía en los próximos años puedan elevarse a mejores cotas de desempeño en el futuro, es preciso agitar los comportamientos de entrada y salida de los diferentes ámbitos que la forman. Ése es el propósito de las reformas estructurales. Por eso están siempre indicadas y, especialmente, en tiempos como el presente, aunque sus efectos no sean inmediatos ::

JOSÉ ANTONIO HERCE
es socio-director de Economía
Aplicada y Territorial de
Consultores de Administraciones
Públicas (Afi).
E-mail: jherce@afi.es